



**UNA TEOLOGÍA DE LA MUERTE A PARTIR DEL RITUAL DE EXEQUIAS**

**A THEOLOGY OF DEATH CONSIDERING THE FUNERAL RITUAL**

John Fredy González López

Trabajo de grado presentado para optar al título de Teólogo

Director de tesis

Pro. Iván Darío Toro Jaramillo. Doctor en Teología

Universidad Pontificia Bolivariana

Humanidades, Filosofía-Teología

Pregrado UPB

Medellín

2025

El contenido de este documento no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad.

### **Agradecimientos**

Este trabajo se realizó bajo la tutoría de los presbíteros Iván Darío Toro Jaramillo y Juan David Muriel, quienes de forma incondicional me proporcionaron la guía académica y de orientación sobre este proyecto de investigación, a los cuales les doy reconocimiento en la elaboración de dicha tesis.

A los docentes de la carrera de teología de la Universidad Pontificia Bolivariana, por sus enseñanzas y su guía en este proceso.

A mis compañeros de clase, quienes por su apoyo procuraron que se concluyera este trabajo a buen término.

A la Universidad Pontificia Bolivariana, por administrarme los recursos necesarios para su realización y culminación.

**Tabla de contenido**

Resumen.....5

Abstract.....5

Introducción.....6

Presupuestos filosóficos y teológicos.....7

Dimensión escatológica y de esperanza del ritual de Exequias.....10

Cómo ayuda el ritual de exequias a entender el sentido escatológico de la muerte.....15

Conclusiones y desafíos pastorales.....19

Referencias.....21

## Resumen

La muerte ocasiona una fuerte ruptura emocional, Dios en la Iglesia entiende este dolor y fomenta la consolación y el acompañamiento mediante unos ritos que permiten a la familia y a los cercanos sentirse acompañados y con esperanza en una vida nueva. El ritual de Exequias de la Iglesia Católica está diseñado para proporcionar una palabra de esperanza, por medio de la fe en Jesucristo. Se entiende, por medio de su estructura y sus componentes litúrgicos, cómo Dios nos impulsa a no decaer en la fe y en la esperanza de la resurrección. En esta investigación se reflexiona sobre conceptos teológicos, escatológicos, con versículos bíblicos que guiaban a la comprensión, entre otros, como lo son los filosóficos y doctrinales. El Ritual de Exequias está diseñado para orientar en la esperanza de la Vida Eterna, permite dar una luz sobre el bienestar de nuestros seres queridos que gozan de la compañía de los santos y de Dios mismo. Esta palabra de consuelo proporciona descanso ante situaciones de profunda tristeza generadas por la muerte. El enfoque se debe dirigir hacia la luz del consuelo en la vida eterna y en la resurrección, con la fe de que algún día nos encontraremos en el Reino celestial. El artículo de reflexión posee características que permiten entender el hecho de la muerte desde la Teología de la esperanza y de la filosofía, seguido de la reflexión sistemática y estructural del Ritual exequial católico.

**Palabras clave:** ritual, vida, muerte, Cristo, esperanza, vida eterna, resurrección, comunidad, exequias, separación.

## Abstract

Death causes a profound emotional rupture. God in the Church understands this pain and encourages consolation and accompaniment through rites that allow family and loved ones to feel accompanied and hopeful for a new life. The Funeral Ritual of the Catholic Church is designed to provide a word of hope through faith in Jesus Christ. Through its structure and liturgical components, it is understood how God encourages us not to waver in faith and in the hope of the resurrection. Theological and eschatological concepts were reflected upon, with biblical verses guiding understanding, among others, such as philosophical and doctrinal ones. The Funeral Ritual is designed to guide us in the hope of Eternal Life, shedding light on the well-being of our loved ones who enjoy the company of the saints and of God Himself. This word of consolation provides relief in situations of profound sadness generated by death.

The focus should be on the Light of consolation in Eternal Life and the resurrection, with the faith that one day we will meet in the heavenly Kingdom. This reflection article offers insights that allow us to understand the phenomenon of death from the perspective of the theology of hope and philosophy, followed by a systematic and structural reflection on the Catholic Funeral Rite.

**Keywords:** ritual, life, death, Christ, hope, eternal life, resurrection, community, funeral, separation,.

## Introducción

La ausencia del conocimiento del Ritual de Exequias católico representa en el pueblo de Dios una serie de dicotomías que se experimentan por la creencia en un juicio inmisericorde por parte de Dios, en un encuentro con espíritus perdidos, en la llegada cruel del purgatorio y en otras circunstancias que se experimentan en el paso de la vida por el camino de la muerte. Esto perturba el corazón de aquellos que sufren la muerte de un ser querido.

Este artículo centra su investigación en fomentar el significado esencial que la Iglesia le tiene a la muerte en el contexto de las exequias. El ritual católico ofrece una rica oportunidad para reflexionar sobre la muerte y la vida eterna, conceptos profundamente arraigados en nuestra fe católica. La ceremonia no solo es un elemento que acompaña en el proceso de duelo, sino que también es una celebración colmada de esperanza en la resurrección, un tema central en la enseñanza de la Iglesia. En ella se otorgan un conjunto de símbolos que representan la vida terrena y la vida celestial venidera.

Este camino de investigación tiene como base las posturas de autores que centraron sus obras en aclarar según las Sagradas Escrituras y el Magisterio de la Iglesia, que la muerte debe ser sentida como un acto de esperanza. La tradición católica enseña que la muerte no es el fin, sino una transición a una nueva vida. Un paso hacia la plenitud en la presencia divina. La oración por el difunto, que incluye invocaciones para su purificación y salvación, refleja esta creencia.

Es importante comprender este artículo desde la esperanza en la vida eterna, ya que es un consuelo poderoso para los que siguen su vida terrenal, otorgando esta, una consolación ante la separación que es temporal.

Otro aspecto importante al que se concluye y que se destaca de las exequias es la creencia en la Comunión de los Santos. La Iglesia católica sostiene que aún después de la muerte se experimenta una conexión entre vivos y muertos, ya que invita esta doctrina a orar por los difuntos, con la convicción de que estas oraciones les ayudarán en su paso hacia el encuentro con el Creador. El ritual de exequias refuerza esta idea, recordando a los presentes que están unidos en un mismo cuerpo, que trasciende la muerte.

El artículo presenta en su inicio, definiciones sobre la muerte desde la perspectiva filosófica, junto con el pensamiento teológico, cuya mirada cristiana debe ser esperanzadora y consoladora. Los elementos analizados del Ritual son sus oraciones, las lecturas bíblicas estipuladas, las preces y demás elementos presentados.

### **Presupuestos filosóficos y teológicos**

La muerte, a través de la historia de la humanidad ha generado una serie de incógnitas que aún no se resuelven del todo, el ser humano está siempre acompañado por “la hermana muerte”, como la llamaba san Francisco de Asís. Desde su creación, el hombre ha manifestado una gran preocupación por encontrarle sentido a este suceso, concibiendo el morir como algo propiciado por el mal, como una pérdida que ocasiona desconsuelo, tristeza, soledad y dolor.

La filosofía ha establecido una serie de posturas sobre la muerte “Nos repugna la idea de que las personas dejen de existir, pero comprobamos a diario que esto ocurre, y que un día nos tocará a nosotros” (Stork & Echavarría, 2003, pág. 344). En su camino de encontrar la esencia del ser humano, el fin de la vida terrenal presenta una constante incógnita, la humanidad se pregunta desde que tiene conciencia, de la realidad sobre este fenómeno, prácticamente todos los grandes filósofos han tratado de darle una explicación, no descartan en su reflexión este suceso que experimentará todo ser humano sin distinción, siendo esta, una de las cuestiones más intrigantes y, por tanto, más fundamental, y universal de la existencia humana. La muerte hace parte de la vida, sin embargo, la forma como expresan su

conocimiento varía enormemente según la corriente filosófica y la época en la que viven, decía Martín Heidegger: “La muerte es la posibilidad de la absoluta imposibilidad del “estar ahí”. Así se desemboca la muerte como la posibilidad más peculiar, irreferente e irrebasable. En cuanto tal, es una señalada inminencia.” (Reale & Antiseri, 2010, pág. 327).

La vida humana es un continuo tránsito por aciertos y errores, por vida y muerte, por el bien y el mal, Dios se ha manifestado desde siempre al ser humano: “Morir es recordar que no se es Dios” (Gomez, 2020, pág. 3), en un principio habitaba con él, pero por la desobediencia a sus mandatos, queriendo sentirse superior, cayó en un proceso de muerte “pero no comerás del árbol de la Ciencia del bien y del mal. El día que comas de él, ten la seguridad de que morirás” (Gen 2,17). “El pecado trae la muerte como tragedia, como dolorosa ruptura, como experiencia de pérdida y de angustia” (Messori, 1982, pág. 307), lo cual, lo llevaría a entender su vida como algo efímero que lo conduce a la perdición, al abandono, a la desesperanza, a la angustia, a la tristeza, a la desolación y demás sentimientos que lo atormentan y lo atan al desánimo, al error y, por ende, al alejamiento de la verdad, “¿has comido acaso del árbol que te prohibí?” (Gen 3,11-13), siendo la verdad un don, que solo Dios creador de todo, la brinda gratuitamente.

El pensamiento judío sobre la muerte se comprende desde la Tradición descrita en los textos sagrados: “Pues bien, un solo hombre hizo entrar el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte” (Rom 5,12). El judaísmo enraizado en sus leyes y costumbres enfatiza en la santidad durante la vida y la aceptación de la muerte como algo natural e inevitable de la existencia.

“Tiempo para nacer, y tiempo de morir” (Eclesiastés 3,1-2), el judaísmo reconoce que la muerte hace parte de la vida, hace parte de la condición humana, es algo establecido por Dios desde la Creación, siendo designio del Creador no puede ser considerado como un error o castigo, sino como un aspecto de su diseño.

“Polvo eres y al polvo volverás” (Gen 3,19), este versículo del libro del Génesis indica la naturaleza mortal del cuerpo, que regresa a su origen que es la tierra, lógicamente sin negar la existencia de lo trascendental del alma y del espíritu. La muerte se considera como la separación del cuerpo y del alma, donde el aliento de vida que Dios insufló en el ser humano

al crearlo regresa a Él: “Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo de la tierra; luego sopló en su nariz un aliento de vida” (Gen 2,7).

La vida es sagrada: “Y creó Dios al hombre a su imagen” (Gen 1,26-28), en el judaísmo se valora profundamente la vida, la preservación de la vida es fundamento primordial del mandato divino, la esencia de los mandamientos está fundamentada a llevar una vida piadosa y ética, realizando actos de bondad y del buen vivir (Ex. 20,1-17). Se considera que estas acciones fomentan la buena convivencia, además, a los ojos de Dios tienen impacto eterno.

En la Tradición judía existe un respeto por los difuntos, permitiendo espacios de duelo “En la ciudad de Hebrón, en el país de Canaán, Abrahán hizo duelo por ella y la lloró” (Gen 23,2), pero limitando el dolor a un tiempo para que luego se pase a seguir contemplando la vida, ya que esta, es la que le otorga continuidad a la comunidad. Aunque el centro está en la vida presente, no se descarta la creencia en la vida después de la muerte y en la resurrección de los muertos, se tiene la convicción de que el alma es eterna y continúa existiendo después de la muerte corporal. En algunas tradiciones se cree que el alma debe pasar por un periodo de purificación y de juicio debido a las acciones realizadas en vida (CEC n. 1030). Con la Resurrección de Cristo se tiene la certeza de que el cuerpo y el alma se reunificarán (CEC n. 989).

Se aceptan la tristeza y el luto por la pérdida del ser querido, incluso prescribe una ruta que permite al doliente procesar su dolor de manera saludable. Poseían rituales para el periodo de duelo, entre ellos estaba el preparar el cuerpo para el entierro vistiendo al difunto con mortajas. Se debía sepultar el cuerpo lo antes posible, la cremación estaba prohibida. Durante los primeros siete días de duelo (Gen 50,1-10), la familia recibe visitas de consuelo, se recitaban la oración del Kadish que consistía en una oración de santificación del Nombre de Dios.

La comunidad era fundamental en el apoyo a los dolientes, haciéndoles entender que no estaban solos: “Desde época muy temprana, la Iglesia se preocupó por establecer una cobertura ceremonial respecto del momento de la muerte [...] se fueron formalizando un conjunto de ritos que trascendieron la dimensión familiar y doméstica” (Alcoz & Benito, 2016, pág. 1), las palabras de consuelo eran muy importantes, ya que estas ayudaban a

entender a los dolientes que la comunidad reconocía el dolor sufrido por la pérdida, además de dar consuelo en la continuidad de la vida.

El pensamiento judío sobre la muerte estaba cargado de una riqueza profunda sobre el respeto por el cuerpo, por la creencia en la inmortalidad del alma y en la resurrección de los muertos. Otorgando un periodo de duelo que buscaba reconocer la pérdida en la vida de la comunidad, dirigiendo su mirada hacia la santidad y al propósito de la vida en Dios. “Las costumbres fúnebres o de duelo no tenían, evidentemente, otro fin que dar expresión de modo vivo e impresionante a las emociones internas; el duelo se expresa por la deposición de todo adorno” (Ausejo, Haag, & Born, 1978, pág. 1311).

El ser humano desde épocas muy remotas entendió que la muerte era una realidad humana, ya sea accidental, incidental o natural, pero que esta estaba presente cada día: “La fe [...] ofrece la única respuesta satisfactoria” (GS, n. 18). Entendió de una forma un poco limitada la experiencia de continuar con la existencia después de haber fallecido. Se inició la etapa de respetar y cuidar el cuerpo del difunto como algo preciado que debía permanecer en su nueva existencia, se iniciaron los ritos mortuorios, las celebraciones místicas y demás, que acompañaban al ser querido en el tránsito a su nueva tierra.

### **Dimensión escatológica y de esperanza del ritual de Exequias**

El ritual ofrece consuelo ante la oportunidad de la misericordia divina, “la certeza de la salvación operada por Cristo y la fe en la resurrección alimentan expresiones de esperanza y de fraternidad más que de triste dolor o desesperación. Incluso los textos de oración (eucologías o composiciones salmódicas) transparentan una tonalidad pascual, donde tienen una amplia resonancia la alegría y la esperanza” (Biblioteca Mercabá, s.f.). En la liturgia, se suelen incluir lecturas y oraciones que refuerzan la idea de que Dios acompaña a sus hijos incluso en el momento de la muerte: “El lenguaje de la liturgia Exequial es, básicamente, un lenguaje Bíblico. No busca una explicación del tema de la muerte, sino que ofrece sobre todo imágenes sugestivas, simbólicas, a través de las cuales expresa su fe e invita a celebrarla” (Pere Tena Garriga, pág. 5). La figura de Cristo como el Buen Pastor (Jn 10,11-18) se presenta como un símbolo de protección y guía, asegurando que nadie queda abandonado.

Este consuelo es crucial en el proceso de duelo, ayudando a los seres queridos a encontrar paz en medio de su tristeza: “La primera imagen que surge, poderosamente en el centro mismo de la liturgia exequial, es la de las manos misericordiosas del Padre. Casi no hay oración en la que no se haga referencia a la misericordia de Dios” (Pere Tena Garriga, pág. 5). Un ejemplo de esto está en las oraciones colectas del Ritual, en ella se habla explícitamente del tema de la misericordia: “Escucha, Señor, nuestra oración con que imploramos tu misericordia [...]” (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 33). La misericordia está presente en la esencia de Dios.

El libro del Genesis relata la historia de la creación desde la perspectiva espiritual, es una historia creadora, pero no desde el punto de vista científico, sino desde la mirada de Dios, del camino del hombre hacia la perfección. Dios ha estado desde el principio con el hombre, pero el ser humano es una creación incompleta, no plena, en camino de transformación y de encuentro consigo mismo: “El hombre es en verdad un espíritu en el mundo. Pero el mundo no agota las capacidades que tiene de conocer, querer, sentir y amar. Puede pasar en todo, su posibilidad de conocer, por tanto, todavía está virgen, porque su espíritu se mueve en el horizonte infinito del ser” (Boff, 2003, pág. 16), es ahí en ese camino donde se permite el error, el pecado. En su proceso de llegar a la plenitud, el ser humano pasa por etapas que lo van definiendo y perfeccionando, en su primer momento el rechazo hacia Dios le permite caer en estado de muerte por medio del pecado cometido (Gen 2,16-17), pero Dios manifiesta la muerte como una oportunidad, suena como extraña esta conclusión, pero es la oportunidad de encontrar la verdad partiendo del error, es la oportunidad de enmendar y de continuar en el camino a la perfección (CEC n. 27). El ser humano se construye pensando, decidiendo y haciendo. Dios permite al hombre ser creador (Gen 2,20) a pesar de su imperfección, es un encuentro con la creación, creando desde lo bueno, pero también creando desde el error.

Si Dios ha creado el bien, desde el punto de vista de su contrario ha permitido el mal, al crear el bien se genera la posibilidad de su proceso alterno como lo es el mal (Gen 2,17), la diferencia está en el don de la libertad que permite escoger el camino corto o el largo con miras a la plenitud del ser. El prefacio IV de difuntos manifiesta a Dios como autor y dueño de la vida, aclamando al Creador para que nos redima, aludiendo nuestro estado de pecado: “Y en castigo de pecado, un mandato tuyo nos devuelve a la tierra, de la cual habíamos sido

sacados.” (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 50), culminando este con un llamado a participar de la resurrección de Cristo.

Las Sagrada Escritura desde su primer libro, el del Genesis, hasta su último libro, el del Apocalipsis, conduce a una confrontación constante del hombre entre el bien y el mal, donde el bien prevalece y triunfa en Jesucristo, el cordero inmolado. Es una historia de salvación definida entre la vida y la muerte: “Este pueblo escogido es pecador tanto o más que cualquier otro, deja pasar las oportunidades históricas y trasmite el mensaje del que es portador con cuentagotas” (La Biblia Latinoamerica, 2005, pág. 25), esto es propenso al ser humano que debe experimentar para poder madurar en su conocimiento hacia el Creador. “La muerte indica en el Nuevo Testamento el tránsito del estado de pecado al estado de Justicia por el bautismo” (Ausejo, Haag, & Born, 1978, pág. 1307).

La vida y la muerte están presentes en la humanidad (Dt 30, 19ss), Dios nos presenta ambas alternativas, están ahí esperando por una respuesta desde la libertad. Desde el comienzo de la creación, Dios le habla al hombre (Gen 3,9) y le da la oportunidad de vivir, de disfrutar plenamente de lo creado. Es una decisión que transforma. Ambas, la vida y la muerte trasforman, la primera para el gozo y la alegría de experimentar con lo bueno, con lo verdadero, y la otra dispuesta para vivir en el error y la perdición. “Lo que verdaderamente cuenta está ya aquí, entre nosotros, oculto a los ojos de la carne, pero bien visible a los ojos de la fe” (Messori, 1982, pág. 397).

El Evangelio como fuente de gracia divina en Cristo Jesús, permite que el hombre en unidad con Cristo sea uno con el Padre Eterno, quien en su Hijo nos brinda el experimentar el Reino de Dios desde nuestra vida terrena (DV, n.19). las lecturas propuestas en el leccionario nos brindan palabra de comunidad, de consuelo, de confianza. La lectura de libro de las Lamentaciones propuesta en el ritual (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 182) nos hace reflexionar sobre ese momento triste que nos acongoja, pero que lleno de esperanza nos brinda el consuelo de saber que nuestro ser querido está ahora en buenas manos, ya que Dios es fiel y cumple sus promesas.

El ritual de exequias direcciona hacia la misericordia y el amor divino: “La Iglesia de los viadores, teniendo perfecta conciencia de la comunión que reina en todo el Cuerpo místico de Jesucristo, ya desde los primeros tiempos de la religión cristiana guardó con gran piedad

la memoria de los difuntos y ofreció sufragios por ellos” (LG, n. 50). Sentir la compañía de Cristo, el abrazo del Padre Eterno, junto con la fuerza del Espíritu Santo es fundamental, la vida es maravillosa, es la oportunidad de apreciarla y de compartirla con los otros. “La Iglesia contempla la muerte como participación en el misterio pascual de Jesucristo, pero este misterio tiene tres facetas: los sufrimientos de la cruz, la paz de la sepultura y la victoria de la resurrección.” (Farnés, pág. 6), centrando la liturgia exequial en la paz de la sepultura, desde donde se desprende la esperanza en la resurrección final, es un silencio lleno de tranquilidad que luego experimentará el canto de los ángeles (Ap. 4,8), santificando al Sumo Creador por la obra salvadora culminada con la resurrección de su Hijo Jesucristo.

Su estructura está diseñada para varios momentos como actos de culto, donde se honra el cuerpo como templo del Espíritu Santo (Conferencia Episcopal de Colombia, 2005), y elemento material con el cual, Dios permitió la interacción con el mundo e incorporó por el bautismo la gracia sacramental. La Iglesia, en las exequias de sus hijos, celebra el misterio pascual, para que quienes por el bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, pasen también con él a la vida eterna, primero en el alma, que tendrá que purificarse para entrar en el cielo con los santos y elegidos, después en el cuerpo, que deberá aguardar la bienaventurada esperanza del advenimiento de Cristo y la resurrección de los muertos (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 11 n. 1).

Según el ritual de exequias prevalecen tres momentos, estipulados según las circunstancias del lugar (Conferencia Episcopal de Colombia, 2005, pág. 15 n.7), donde el consuelo en la esperanza y el acompañamiento como pueblo de Dios que peregrina es fundamental. El primer momento se presenta en la casa del difunto, el segundo en la Iglesia y el tercero en el cementerio; en ausencia de un ministro ordenado, el ritual establece dentro de su estructura algunas estaciones que se pueden omitir.

Al establecer la Iglesia estas tres estaciones, ella como madre y maestra confirma lo importante y necesario que es la compañía de la comunidad en el tránsito del que vivió con la esperanza en la resurrección. El acompañamiento en la casa, lugar donde nació, vivió y murió, tiene como objetivo el fomentar la unión familiar, y el de la comunidad: “Los ritos funerarios expresan también los vínculos existentes entre todos los miembros de la Iglesia. La celebración de las exequias no es un asunto solo de los allegados del difunto, sino de toda

la comunidad cristiana, la cual, de diversos modos, debe hacerse presente en las exequias de todos y de cada uno de sus miembros” (Cuerva, 2016, pág. 41). Se comparte por el difunto oraciones cuyo objetivo debe ser la esperanza y el consuelo sobre los que se despiden, y que sufren por el dolor de la partida: “El cierre del ataúd: un rostro desaparece. Separación y esperanza. Ojalá pueda ver a Dios, y podamos volver a verlo” (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2002, pág. 306). Es honrar al que parte como miembro que fue de una familia y que lo seguirá siendo desde la Eternidad (CEC n.1687).

El segundo momento, que puede ser acompañado por una procesión hacia la Iglesia, simboliza el peregrinar del hombre en sus diversas etapas, la Iglesia permite la despedida desde la perspectiva de la vida sacramental. Ésta en su etapa de iniciación cristiana da la bienvenida junto con el pueblo de Dios a todo aquel que se bautiza profesando la fe católica, por este rito sacramental lo incorpora al pueblo de Dios, donde la comunidad lo recibe lo acoge y acompaña, de igual forma el bautizado al fallecer es despedido por la Iglesia mediante oraciones, la eucaristía y peticiones por su Ser, como miembro de la fe cristiana que espera ser resucitado (CIC n. 1176). La Eucaristía como culmen de la fe católica permite la comunión con el difunto siendo esta la oportunidad que, como asamblea, y pueblo de Dios, ruega al Supremo Creador que este hijo sea purificado y admitido en las bienaventuranzas celestiales (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 16 n. 14).

Culminada la celebración eucarística, la siguiente y última estación es en el cementerio, donde el cuerpo encuentra reposo y que permite la despedida final de sus seres queridos, otorgando un momento de tristeza, pero a su vez de esperanza en Dios que lo tendrá contemplando de su presencia. Es la despedida de su vida terrenal, pero con la fe puesta en un Dios que vive y que no abandona a ninguno de sus hijos. Las oraciones dirigidas en esta ocasión son con la mirada en la resurrección final, en la cual, estaremos con Jesucristo y todos los santos gozando del cielo esperado, anexando peticiones que imploran a Dios por el consuelo de los que lloran la partida (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 144).

En la naturaleza del amor va incluida una frase que se repite siempre allá donde se produce el fenómeno del amor: <<Estoy aquí presente por ti>>. En esta frase va incluida otra esencialmente oscura, pero no menos verdadera: <<Yo estoy aquí presente por ti en la medida en que tú no mueras, ni desaparezcas del todo de mi

presencia>>. En la auténtica realización del amor el hombre se expresa de esta manera -quizás inconscientemente y sin apreciar del todo el alcance de su <<lenguaje fáctico>>-: <<Es imposible que tú no estes conmigo eternamente. Yo mismo -como amante-dejaría de existir, si tú no estuvieras conmigo. Pero vivo y tú, por tanto, vives también, aunque te encuentres lejos de mí, aunque la muerte nos separe>>. (Boros, 1973, pág. 71).

### **Cómo ayuda el ritual de exequias a entender el sentido escatológico de la muerte**

El ritual católico ofrece una rica oportunidad para reflexionar sobre la muerte, la vida Eterna y la resurrección, conceptos profundamente arraigados en nuestra fe católica. La ceremonia no solo es un elemento que acompaña en el proceso de duelo, sino que también es una celebración colmada de esperanza en la resurrección, un tema central en la enseñanza de la Iglesia: “La resurrección de Jesucristo es el acontecimiento central de toda la historia de la salvación de Dios con la humanidad y, por tanto, el hecho que esclarece su sentido.” (Conferencia Episcopal Española, 2020, pág. 1). En ella se otorgan un conjunto de símbolos que representan la vida terrena y la vida celestial venidera.

Iniciemos con el concepto de muerte que tanto se menciona en las Sagradas Escrituras, éste está relacionado no solo con la condición biológica, sino con el cambio y la transformación del hombre, el volver a nacer a una vida nueva.

La experiencia de la muerte afecta a todos los seres humanos. Se trata de algo que no se puede ser silenciado: con la muerte <<el enigma de la condición humana alcanza su culmen>>. Ante ella el hombre experimenta la contradicción más profunda que le acompaña en todos los momentos de su existencia: su limitación y su deseo de plenitud. Los esfuerzos del ser humano por luchar contra la muerte propia y ajena, el uso de los recursos psicológicos y terapéuticos que ayudan a superar el sufrimiento, y los avances de la ciencia y de la técnica, que ciertamente han conseguido prolongar las expectativas de la vida humana, <<no pueden calmar esta ansiedad del hombre>>, ni <<satisfacer ese deseo de vida ulterior que ineluctablemente está arraigado en su corazón>>. (Conferencia Episcopal Española, 2020, pág. 2).

El Nuevo Testamento encontramos la muerte en un aspecto fisiológico aduciendo que el que muere, entrega su espíritu (heb. né·fesch [נֶפֶשׁ]; gr. psy·kjé [ψυχή]) (BibliaTodo, s.f.), “como principio vital se contrapone a la muerte física (Ap 8,9), en la muerte este poder vital se disocia y percibe en un lugar ajeno al mundo (Hech 2,27), designa la vida, la vitalidad de la persona en general, a la que uno tiende (Mt 2,20), que uno arriesga (Flp 2,30), entrega (Mc 10,45)” (Bals & Schneider, 2002, pág. 2184), estas palabras hablan de la muerte como la ausencia del principio vital, el cual, es el alma que le da vida, y justo en el momento de la resurrección esta vuelve a él “.

En el plano espiritual (πνευματικόν) significa perteneciente al espíritu, se emplea también en diferenciar a las personas espirituales de las terrenas y con su derivado πνευμα designa el poder de la naturaleza y de la vida: viento, soplo; aliento, la praenotanda del ritual amplifica el sentido y la acción que proviene del Espíritu Santo como fuerza que interviene en el hombre por gracia divina “Por medio de este Espíritu que es prenda de herencia (Ef 1,14), se restaura internamente todo el hombre hasta que llegue la redención del cuerpo (Rom 8,23)”. (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 12 n. 2). Esta acción del Espíritu es tomada como expresión de una sustancia energética cósmico-universal y divina, la muerte ya no está limitada solo al cuerpo “Sin embargo, lo espiritual no es primero, sino lo material; después lo espiritual” (1Cor 15,46), sino, que comprende también lo relacionado a la virtud, con su mirada en Dios, indicando esto que la muerte es el apartarse de esta amistad, del *rûah* que significa viento y aliento, (concebido como la fuerza que se encuentra en el aliento), esta mirada desde el Antiguo Testamento, es tomado como energía vital que proviene de Dios y que confiere al hombre dotes especiales, (Bals & Schneider, 2002, pág. 1025) y que es signo de vida por medio del pecado: “Por tanto, lo mismo que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron” (Rm 5,12). La muerte determina la ruptura con Dios, es algo que trasciende lo corporal es algo que perdura incluso en el más allá. (Ausejo, Haag, & Born, 1978, pág. 137)

En el Nuevo Testamento la muerte y la vida están unidas en el pensamiento: “La escritura concibe la muerte como la línea divisoria en la que la situación del justo (que frecuentemente sufre en la tierra) y la situación del impío (que muchas veces triunfa e incluso

disfruta de su propia iniquidad) se cambian definitivamente” (Pozo, 1992, pág. 470), la vivencia de la muerte como el tránsito por estado de pecado, mientras que la vida es la renovación, el reencuentro con la amistad de Dios que se justifica por el bautismo “Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm 6,4)

En la eucología del ritual de exequias (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 31), se proclama permanentemente la muerte y la resurrección de aquellos quienes creyeron en Cristo “porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite en el último día” (Jn 6,40). Se ora al Sumo Creador por misericordia, pidiendo que el difunto sea resucitado y conducido a gozar de la vida eterna: “Porque si hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante” (Rm 6,5).

La muerte debe ser sentida como un acto de esperanza. La Tradición católica enseña que la muerte no es el fin, sino una transición a una nueva vida. Un paso hacia la plenitud en la presencia divina. La oración por el difunto, que incluye invocaciones para su purificación y salvación, refleja esta creencia: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). “Por tanto, al menos en los momentos más importantes que median entre la muerte y la sepultura, hay que afirmar la fe en la vida eterna y ofrecer sufragios por los difuntos.” (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 14 n.5),

Es importante comprender el ritual desde la esperanza en la Vida (ζωήν) Eterna (αἰώνιον) (BibliaTodo, s.f.), ya que es un consuelo poderoso para los que siguen su vida terrenal, otorgando ésta, un descanso ante la separación que es temporal “esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17,3). Las oraciones de los fieles, propuestas en el ritual (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 38) proporcionan una variedad de peticiones encaminadas a solicitar encarecidamente al Supremo Bien que otorgue las bienaventuranzas a este hermano o hermana nuestra, que a partido a su presencia, ofrece además una variedad de peticiones por los seres queridos que permanecen en la tierra y que acuden al consuelo que Dios les pueda

brindar. Es la oportunidad para que la comunidad recite oraciones repetidamente por el difunto y por los seres queridos que permanecen aún (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, págs. 282-300).

Otro aspecto importante al que se concluye y que se destaca en la eucología de las exequias es la creencia en la Comunión de los Santos: “Llévalo contigo a la patria de la luz, para que ahora participe también de la compañía de los Santos” (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 33). La Iglesia católica sostiene que aún después de la muerte se experimenta una conexión entre vivos y muertos, ya que invita esta doctrina a orar por los difuntos, con la convicción de que estas oraciones les ayudarán en su paso hacia el encuentro con el Creador. El ritual de exequias refuerza esta idea, recordando a los presentes que están unidos en un mismo cuerpo, que trasciende la muerte (CEC n. 946-959).

La comunión con los difuntos. «La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció sufragios por ellos; "pues es una idea santa y piadosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados" (2 M 12, 46)"» (LG 50). Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor (CEC n.958).

El pensamiento teológico del ritual de exequias direcciona hacia una contemplación cristiana esperanzadora y consoladora, animando a los que aún viven, ya que es profunda la tristeza y el dolor por la pérdida de un ser querido: “La muerte puede ser objeto de celebración litúrgica en la medida en que esta troncada con el misterio pascual de Cristo, única realidad que, en definitiva, es celebrada por la liturgia.” (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2002, pág. 308).

La acogida en la entrada de la Iglesia como signo de la presencia de Dios (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 27), es un momento fundamental que ilustra, desde el punto de vista escatológico, el encuentro exacto de la acogida en el reino celestial de aquel que ha partido a la patria eterna. Así, Dios saldrá a nuestro encuentro de la misma forma que el sacerdote sale caminado hacia el portón de la Iglesia a recibir a aquel, que un día fue recibido en la Iglesia de Cristo por el sacramento del bautizo: “El cristiano no muere solo.

Su partida está rodeada de la comunidad de los creyentes, la cual, a su vez, se encarga de encomendarlo a la comunidad eclesial.” (Consejo Episcopal Latinoamericano, 2002, pág. 311).

La despedida en la tierra, la liturgia sacramental, el acompañamiento de la comunidad, las vestiduras eclesiales (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 21 n. 33e), los signos del agua, del incienso, los cantos, son la forma de expresar el traje de fiesta, con el cual, será recibido el bautizado en la Eternidad, el incienso como olor en su cuerpo agradable a Dios, el agua como camino a la salvación, la liturgia como expresión de bienvenida en la belleza y el decoro de lo divino, de lo trascendental, de lo sublime (Conferencia Episcopal Colombiana, 2001, pág. 18 n. 20b). Avanzando desde el portón en procesión (ritos iniciales), e iluminado con velas, manifiesta la presencia de la pascua del Señor, estas señales son signo de que el cuerpo del cristiano es sagrado. El retorno a Dios, mirado desde nuestra cultura humana, es fiesta en el cielo, donde los Ángeles y los Santos, alabarán a Dios junto con el que ha partido de la vida terrenal.

### **Conclusiones y desafíos pastorales.**

La esperanza va unida al amor, cuando alguien parte de este mundo, solo parte temporalmente, ya que en otro momento nos volveremos a encontrar, el ritual de exequias, su estructura, sus lecturas, sus peticiones, su eucología, va dirigida enteramente a la esperanza de la resurrección: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”, dice san Pablo en 1 Cor 15, la promesa de la resurrección es un hecho en Jesucristo, Dios es fiel y cumple sus promesas, en su Hijo nos promete la vida eterna, “quien crea en mí, aunque muera vivirá” dice el Evangelio de san Juan en el capítulo once, la vida eterna es don de Dios, esto lo resalta constantemente el ritual de Exequias.

El orar por los difuntos es una obra de amor, ya que el que muere, sigue presente en los corazones de aquellos que lo amaron, el que parte a la vida eterna deja un vacío en la familia, pero este vacío es llenado con la esperanza de que no desaparecerá del todo su ser. La oración por el difunto une, a pesar de la ausencia corporal. La Iglesia como madre ora por

sus hijos, con la convicción y la confianza que otorga el misterio pascual de Cristo, quienes por el bautizo somos miembros del cuerpo glorioso del Señor.

La ausencia corporal no priva del amor profundo por aquel que ya no está, su presencia vive en el interior de los que lo conocieron y lo amaron. La muerte y los ritos funerarios hacen parte de nuestra cultura, la cual, debe dirigir hacia el acompañamiento de la comunidad y a la palabra de fe que da el creer en el Hijo de Dios, quien vino a la tierra a darnos esperanza y no temor, de confianza en el futuro que nos tiene preparado, “En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. De no ser así, no les habría dicho que voy a prepararles un lugar.” (Jn 14,2). Jesús abre las puertas del cielo para todo aquel que crea en él y cumpla su palabra, ésta es su promesa, y él es fiel a dicha promesa.

La muerte no es el fin, es el paso a una nueva vida en Dios, donde estaremos contemplando al sumo Rey en compañía de los Santos, algún día estaremos todos gozando de la presencia divina, algunos se nos adelantan en el camino, pero queda el consuelo del reencuentro en un tiempo futuro. Dios nos ama, con amor infinito, y no quiere que ninguno de sus hijos por los cuales entregó a su unigénito en la cruz perezca para la vida eterna.

El ritual de exequias es un recurso que permite a la Iglesia acompañar a aquel que un día se dignó pertenecer a ella por el bautizo, y a su vez acompaña en el consuelo a la familia quienes fueron los que, por su amor, condujeron un día a uno de sus integrantes a pertenecer al pueblo elegido de Dios.

El desafío está en dar a comprender el mensaje de salvación a todo aquel que acude por consuelo ante la pérdida, el ritual no es una despedida hacia lo inesperado, hacia lo oculto, hacia el miedo, es una despedida de amor de compañía y de esperanza en la resurrección. La muerte ya no tiene poder, Cristo ha vencido a la muerte.

## Referencias

- (s.f.). Obtenido de BibliaTodo: <https://www.bibliatodo.com/Diccionario-biblico/alma>
- Alcoz, J. B., & Benito, J. P. (Enero de 2016). El oficio de difuntos en la edad media. Navarra.
- Ausejo, S. d., Haag, H., & Born, A. V. (1978). *Diccionario de la Biblia*. Barcelona: HERDER.
- Bals, H., & Schneider, G. (2002). *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*. Salamanca: Sigueme.
- Biblioteca Mercabá. (s.f.). EXEQUIAS. Obtenido de <https://mercaba.org/LITURGIA/NDL/E/exequias.htm>
- Boff, L. (2003). *La vida mas allá de la muerte*. Bogotá: voces Ltda.
- Boros, L. (1973). *Somos futuro*. Salamanca: Sigueme.
- CEC. (1994). *Catecismo de la Iglesia Católica*. san Pablo.
- CIC. (2023). *Código de derecho Canónico*. Madrid: BAC.
- Conferencia Episcopal Colombiana. (2001). *Ritual de Exequias*. Bogotá: san Pablo.
- Conferencia Episcopal de Colombia. (2005). *La esperanza cristiana*. Bogotá: departamento de doctrina y Ecumenismo.
- Conferencia Episcopal Española. (2020). *Un Dios de Vivos*. Obtenido de Comision Episcopal para la Doctrina de la Fe: [https://doctrina.conferenciaepiscopal.es/wp-content/uploads/2022/12/2020\\_Un-Dios-de-vivos.pdf](https://doctrina.conferenciaepiscopal.es/wp-content/uploads/2022/12/2020_Un-Dios-de-vivos.pdf)
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (2002). *Manual de Liturgia IV*. Bogotá: centro de publicaciones CELAM.
- Cuerva, P. J. (2016). Exequias eclesíásticas y cementerios en el Derecho Canónico. Buenos Aires, Argentina.
- DV. (1968). *Constitución dogmática sobre la divina revelación*. Madrid: BAC.
- Farnés, P. (s.f.). *La escatología en el ritual de exequias de Pablo VI*. Obtenido de <https://dadun.unav.edu/server/api/core/bitstreams/886a3360-7b79-42d6-acc9-0288cc4e2d90/content>
- Gomez, G. J. (2020). Los sufragios por los difuntos. Medellin, Colombia.
- GS. (1968). *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*. Bogotá: san Pablo.
- La Biblia Latinoamerica*. (2005). Quito: Verbo Divino.
- LG. (1968). *Constitución dogmatica sobre la Iglesia*. Medellin: san Pablo.
- Messori, V. (1982). *Apostar por la muerte*. Madrid: BAC.

Pere Tena Garriga. (s.f.). *Las Exequias Cristianas*. Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona.

Pozo, C. (1992). *Teología del más allá*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Reale, G., & Antiseri, D. (2010). *Historia de la filosofía VI*. Bogotá: San Pablo.

Stork, R. Y., & Echavarria, J. A. (2003). *Fundamentos de Antropología*. Pamplona: EUNSA.